

Disney
FROZEN II



... LA NOVELA ...

Disney
FROZEN II

...» LA NOVELA «...

Adaptación de David Blaze

LIBROS Disney

© 2020 Disney Enterprises, Inc.

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Marta García Madera, 2020

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-17062-24-8

Depósito legal: B. 2.563-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO 1

—Y, aquella noche, volví a casa como rey de Arendelle —dijo el rey Agnarr.

La vela del rey proyectaba sombras parpadeantes en su cara mientras contaba su historia a sus hijas pequeñas, Anna y Elsa. Las niñas estaban acurrucadas en la cama de Elsa con su madre, la reina Iduna, sin perderse ni una de las palabras que decía su padre, boquiabiertas y con los ojos como platos. Su madre las acercó más a ella y las tres se juntaron bajo el peso reconfortante de su chal de color burdeos.

—Ostras, papá, ha sido una historia épica —dijo Anna, cayendo sobre la cama mientras se imaginaba todo lo que había pasado—. No sé quiénes te salvaron, pero los quiero.

El rey sonrió a su hijita.

—Desearía saber quiénes fueron.

—¿De verdad eran mágicos los nortuldra? —preguntó Elsa en voz alta. Ella no quería parecerse a ellos en nada. No se podía imaginar haciendo daño a sus amigos—. ¿Como yo?

—No —la tranquilizó el rey Agnarr—. No eran mágicos. Solamente disfrutaban de la magia del bosque.

—¿Qué les pasó a los espíritus? ¿Qué hay ahora en el bosque? —Elsa se preguntaba si alguien más había logrado salir después de que los espíritus se enfadaran y se hubieran vuelto en contra de todos.

—No lo sé —contestó el rey Agnarr—. Todavía está envuelto en bruma. Nadie puede entrar; y nadie ha salido desde entonces.

La reina miró fijamente a su marido, avisándole para que tuviera cuidado con lo que decía. Quería asegurarse de que sus hijas no se asustaran.

—Por eso estamos a salvo —dijo.

—Sí —coincidió el rey Agnarr—. Pero el bosque podría despertarse de nuevo y tenemos que estar preparados para cualquier peligro que pueda llegar.

La reina Iduna vio la cara de preocupación de Elsa al oír las palabras de su padre e intervino.

—¿Qué tal si decimos buenas noches a vuestro padre? —dijo.

Las dos niñas eran demasiado pequeñas para pensar en una lucha de cualquier tipo... sobre todo cuando la reina intentaba que se acostaran. El rey Agnarr estaba de pie y con cara de pedir disculpas a su mujer.

—Vaya, pero todavía tengo muchas preguntas —dijo Anna, enfurruñada, mientras su padre besaba a Elsa en la frente.

—Guárdalas para otra noche, Anna —insistió su padre.

—Arrgg —dijo Anna, frustrada—. Sabes que no tengo ese tipo de paciencia. —Miró fijamente a Elsa, que asintió. Era evidente que estaba de acuerdo en que Anna no tenía nada de paciencia.

Anna cerró la boca y arrugó la cara. Su padre la besó en la frente. Sabía que aquello era la versión de Anna de intentar ser paciente. Después, salió de la habitación. En cuanto se cerró la puerta, Anna empezó con sus preguntas otra vez.

—Pero ¿por qué nos atacaron los nortuldra? —preguntó a su madre—. ¿Quién ataca a la gente que le da regalos?

—¿Crees que el bosque volverá a despertarse? ¿Qué pensarían los espíritus de mi magia? —preguntó Elsa, levantando la vista hacia su madre.

La cara de Iduna dejó paso a una mirada dulce al recordar su propio pasado.

—Ya quisiera yo tener las respuestas, pero solo el Ahtohallan las sabe.

—¿Ahto qué? —preguntó Anna.

La reina Iduna se rio por la cara que ponía su hija menor.

—Cuando era pequeña, mi madre me cantaba una canción sobre un río especial llamado Ahtohallan, que decían que tenía todas las respuestas sobre el pasado —dijo—. El río sabía que formábamos parte de algo.

Las hermanas se miraron. Dos pares de grandes ojos azules se quedaron mirando fijamente a la reina.

—¿Nos la cantas, por favor? —preguntó Elsa.

Iduna miró hacia la puerta, con la duda de si debía seguir la corriente a sus hijas. Tras decidir que no había nada malo en dejar que oyeran la canción, les dijo que sí con un gesto de la cabeza.

—De acuerdo. Venid aquí. Acercaos —dijo, tiró de Elsa y de Anna hacia ella y pasó el chal por encima de las tres.

La reina Iduna cantaba con voz grave y cálida la canción de cuna que su madre le había cantado a ella. Era el sonido del amor para los oídos de las niñas, y Anna se quedó profundamente dormida incluso antes de que acabara la canción. La reina cogió a Anna en brazos con suavidad, meciéndola mientras cruzaba la habitación. La colocó con cuidado en su propia cama, levantó las sábanas y la arropó. La reina Iduna volvió con Elsa justo cuando acababa la canción.

—Ahora, duérmete, mi pequeño copo de nieve —dijo, besando las manos de su hija.

La reina ahuecó las almohadas de Elsa, le acarició el largo pelo y cogió la vela que parpadeaba en la mesilla de noche.

—¿Madre? —la llamó Elsa antes de que abriese la puerta de la habitación—. ¿Crees que el Ahtohallan sabe por qué tengo poderes mágicos?

Su madre no respondió enseguida. Sopesó lo que iba a decir.

—Si el Ahtohallan está ahí fuera... —dijo, al final—, me imagino que sabe eso y muchas más cosas.

Elsa se apoyó en la almohada.

—Alguien debería intentar encontrarlo.

La sonrisa de la reina Iduna era agrisulce mientras entraba en el pasillo y cerraba la puerta detrás de sí.

Con el eco de la canción de cuna de su madre en los oídos, Elsa se quedó dormida. Soñó con encontrar el Ahtohallan y saber la respuesta a todas las preguntas que siempre se había hecho... y también a algunas de las de su hermana.



Arendelle estaba sumido en el silencio y la noche era tranquila (incluso en el castillo) hasta que Anna cruzó de puntillas las alfombras de su habitación. La niña de cinco años tuvo que hacer varios intentos hasta conseguir subir a la cama de su hermana. Pero en cuanto lo consiguió, se arrastró a su lado y le tocó el hombro.

—Elsa —la llamó Anna en lo que pensaba que era susurrar, pero realmente era de todo menos hablar en voz baja—. Psst, Elsa. ¡Despierta, despierta, despierta!

Elsa no soportaba que la despertaran. La ponía de mal humor.

—Anna —protestó, dando la espalda a su hermana y tirando de las sábanas hasta la barbilla—, vuélvete a dormir.

—Es que no puedo —se quejó Anna, dejándose caer en la cama como si fuera una niña pequeña que no ha conseguido lo que quiere... y se niega a rendirse—. El cielo está despierto y yo también estoy despierta, así que tenemos que jugar.

Anna miró por la ventana y vio que los tonos verdes y azules de la aurora boreal bailaban y dominaban el cielo nocturno. Después, volvió la vista a su hermana, que se había metido debajo de las sábanas. La empujó. La sacudió. Incluso intentó desarroplarla.

—Si juego contigo un poco, ¿me dejarás dormir todo lo que quiera cuando acabemos de jugar? —preguntó la voz amortiguada de Elsa desde debajo de las sábanas.

—¡Sí! —exclamó Anna, entusiasmada, asintiendo también con la cabeza.

Anna tiraba de su hermana y Elsa aceptó ir a jugar a regañadientes. Se frotó los ojos y arrastró los pies mientras su hermana la llevaba hasta el gran salón. Entonces, su magia del hielo apareció y empezó un capítulo nuevo para ellas.

